

estar un mes hasta, por fin, poder salir a su destino final. El extraño viaje había durado cuatrocientos cuarenta y un días: una de las aventuras de la emigración española. Allí pasaría los siete últimos años de su vida.

En un modesto piso de la avenida Las Heras comenzó don Niceto la última etapa de su vida. Vivía de colaboraciones en diarios y revistas. Don Niceto, además de su personalidad de ex Presidente de la República, era académico de la Lengua y un publicista estimado. Temas: las Leyes de Indias, el pensamiento del "Quijote", cuestiones de Derecho, conferencias en la radio sobre temas de gramática... Poco a poco perdió la vista. "Ni fumaba ni probaba bebidas alcohólicas. Era sumamente moderado en la comida, haciendo una vida sencilla y retraída. Se levantaba diariamente, sin excepción, a las ocho y media de la mañana y se acostaba sobre las once. No dormía siesta ni en verano ni en invierno. Por su edad y la hipertensión observaba un régimen especial de comidas. Trabajaba todas las mañanas de diez a trece, escribiendo mientras la vista se lo permitía, y dictando posteriormente a sus hijas. Las tardes las dedicaba a planear y pensar en el trabajo del día siguiente, sin tomar notas ni consultar nunca libros. Mientras pudo, leía mucho; después, le leían sus hijas" (Guillermo Cabanellas en "Historia y Vida", número 95). Se dejó una larga barba blanca que le daba un aspecto de ermitaño...

Murió de repente, en la madrugada del 18 de febrero de 1949. Había una huelga de periódicos: no se enteró nadie. "Ni el Gobierno argentino ni el español dieron el pésame a la familia ni tributaron al extinto homenaje alguno. El embajador de España en Buenos Aires envió con este motivo una tarjeta dirigida a la 'señora viuda de Alcalá-Zamora', sin duda ignorante

de que la esposa de quien fuera el jefe del Estado español había fallecido cerca de diez años antes..." (Guillermo Cabanellas). En su ataúd se colocó la tierra española que había llevado durante todo su exilio, y fue envuelto en una de las últimas banderas de la República, la que se había arriado en los Pirineos el 13 de febrero de 1939.

En este mes de agosto sus restos se exhumaron del cementerio de La Chacarita, en Buenos Aires, y se trasladaron por barco hasta Barcelona, donde llegaron el viernes de la semana pasada; de allí vinieron en avión a Madrid, y desde el aeropuerto, en estricto secreto, en el panteón familiar del cementerio de la Almudena, a las nueve de la mañana del sábado 11 de agosto: sólo estaban presentes sus hijos y sus nietos. La familia alega que ha deseado esta reserva: los círculos republicanos alegan que ha habido "presiones exteriores" con el fin de evitar una manifestación republicana, pero se proponen celebrar un homenaje. "Los republicanos españoles, en su momento, le rendiremos el homenaje que se merece, y lamentamos que las presiones exteriores de toda índole que estamos sufriendo sirvan para desconcertar a la opinión pública sobre la actitud de determinadas personas ligadas con la causa republicana". La hostilidad, la querrela, la incomodidad, la persecución, le han perseguido hasta el que debe ser su último reposo.

Aparte del juicio político que merezca la actuación pública de Alcalá-Zamora, de los errores o de las responsabilidades que haya podido tener en la forma del advenimiento, desarrollo y muerte de la República, es preciso convenir que fue un hombre de honestidad antigua, de ideales permanentes y un símbolo de la II República, de la que fue el primer Presidente. ■

OTRO ASUNTO DE ENTIERRO

NOS hemos perdido un entierro. Grandes episodios de este país se han desarrollado en los entierros, lo cual me parece muy mala señal. He visto más de uno que se ha desarrollado a tiros; muchos con cargas de la Policía. La capitalización del muerto entra en los usos y costumbres de la política. Entierros con pancartas, con gritos, con banderolas: entierros que han producido más entierros, que a su vez podrían haber producido otros entierros cada uno de ellos. Premonitorios: el de Blasco Ibáñez en Valencia, que oía ya a República, o el de Calvo Sotelo en Madrid, trascendiendo a guerra civil; ya en ella, el de Durruti, con la tragedia de la ruptura dentro del campo de la izquierda. Podría escribirse la Historia de España en entierros.

Ahora nos hemos perdido el de don Niceto Alcalá-Zamora, primer Presidente de la República, hombre de la derecha moderada, uno de los hombres más calumniados de España —que ya es difícil—, protagonista de un largo y honesto exilio. En el que murió hace ahora treinta años; otra larga espera, también, para volver a España. Su familia ha decidido el traslado en secreto y ahora está, bajo una enorme cruz —don Niceto fue siempre católico— en el cementerio de la Almudena, desde el sábado pasado.

Los republicanos supervivientes se indignan. Querían un entierro histórico, uno de los grandes entierros españoles. Con banderas y pancartas. ¿De quién es el cuerpo de don Niceto? Los familiares dicen que es suyo, y que tienen con él el secreto que les parece; los republicanos, que su figura "ha sobrepasado los límites familiares y pertenece a la historia de la República". Y que por qué los socialistas tienen derecho al entierro de Largo Caballero con manifestación pública y los republicanos no lo tienen en las mismas condiciones.

Y así, nos hemos perdido un entierro, pero tenemos un nuevo caso de entierro para añadir a la Historia que podría escribirse, la Historia de España en sus entierros.

Quizá los republicanos no deberían indignarse por el tema. Y dejar que "los muertos entierren a sus muertos". Quizá el problema de la República no esté, por ahora, en un entierro. Si tuvieran un poco más de optimismo histórico, deberían considerar que quizá esté en un nacimiento. Sin que esta frase, por favor, incite a nadie a convertirse en Herodes. ■

POZUELO